

Tema de la Semana:

La ola naranja en la región



IMAGINACION
CONSULTORES

Es importante analizar qué está ocurriendo en nuestra región, y cómo queda después de los actos electorales en Perú y Colombia, donde la señora Fujimori y el señor de la Espriella ganaron. El resultado es la consolidación del fenómeno de la nueva derecha.

Durante los últimos meses, América Latina ha celebrado diversos procesos electorales presidenciales con un resultado unánime: la victoria de representantes de la nueva derecha. Siete de siete. Al analizar el mapa político, con la excepción de Brasil y México, todos los países latinoamericanos de tamaño medio o grande están gobernados por mandatarios afines a las ideas y al liderazgo de Donald Trump. Es un alineamiento sin precedentes en la historia de la región. Los recientes triunfos en Colombia y Perú son los últimos en sumarse a lo que los analistas denominan la "ola naranja" (en alusión al señor Trump), dejando definitivamente atrás a la "marea rosa" progresista.

Es fundamental dimensionar este hito. No se trata de un simple vaivén del "péndulo electoral", sino de una reconfiguración estructural de las élites políticas. Este fenómeno ha sido impulsado por el agotamiento de la paciencia ciudadana y potenciado por las nuevas formas de comunicación política.

¿Cómo se llegó a este punto? En primer lugar, los gobiernos de izquierdas fracasaron en sostener sus promesas, a lo que se sumó su vinculación constante con regímenes disfrazados de seudodemocracias, como la Venezuela chavista, o con liderazgos populistas desgastados, como el de Evo Morales o el kirchnerismo. La diáspora venezolana jugó un rol en cada uno de los países de la región.

En segundo lugar, el electorado se muestra exhausto ante las ofertas moderadas y tecnocráticas que defendían el gradualismo y la vía institucional. Esto evidencia, además, el fracaso de la derecha liberal tradicional —un declive que la socialdemocracia experimentó previamente—. Al extinguirse este colchón amortiguador, que durante décadas medió en las crisis institucionales, se pavimentó el camino para figuras outsiders y nuevas franquicias partidistas ajenas al sistema tradicional.

Todo lo anterior se tradujo en un profundo malestar social y desesperación. Demográficamente, estos nuevos liderazgos se sostienen sobre dos pilares: los mayores de 50 años y la Generación Z. En el caso de los adultos, el respaldo nace del hartazgo frente a las respuestas tradicionales. Han perdido toda conexión con un sistema político al que perciben inoperante tras largas décadas de promesas incumplidas. Por su parte, los jóvenes experimentan dinámicas distintas. En algunos sectores, el voto es una reacción contra los movimientos feministas y las agendas identitarias; en otros, responde a un profundo sentimiento de exclusión social y recelo ante la actividad política. Para conectar con esta base, la nueva derecha ha construido un ecosistema mediático propio y altamente efectivo. Apoyados por redes de influencers, plataformas como TikTok y streamers populares, han logrado puentear a los medios de comunicación tradicionales.

El discurso de estos liderazgos se articula en torno a la lógica del temor. Aunque en ocasiones explotan el rechazo a los excesos de las políticas progresistas en clave identitaria, su principal eje es la supervivencia: hablan directamente del miedo del ciudadano común a ser víctima de la inseguridad o a ser arruinado por la inflación derivada de políticas irresponsables. Las promesas de seguridad ciudadana inmediata y pragmatismo económico han desplazado por completo a la demanda de reformas estructurales progresistas.

Finalmente, este escenario no sería tan propicio para la nueva derecha sin la figura de Donald Trump. El señor Trump estadounidense apoya pública y constantemente a estos mandatarios regionales. Por ejemplo, en medio del caos argentino, los severos recortes presupuestarios de Javier Milei serían insostenibles sin el respaldo de su aliado en el norte. Una dinámica similar ampara a Nayib Bukele y a Daniel Noboa en sus cruzadas de seguridad. De esto se infiere que uno de los aspectos positivos de esta hegemonía conservadora podría ser la coordinación regional. Si se logra una cooperación virtuosa —que vaya más allá de la retórica discursiva—, los indicadores de seguridad podrían mejorar significativamente. No obstante, en el ámbito económico, este bloque estará obligado a buscar alianzas pragmáticas con Brasil y México, las dos principales economías de la región. Asimismo, no podrán excluir los canales de diálogo con Europa, una región donde la "ola naranja" aún no ha logrado consolidarse en el poder ejecutivo, pero donde la presión política en países como Francia o el Reino Unido advierte que el escenario podría cambiar.